De la Película

Disney

FROZEN

LUCES DE INVIERNO

UN VIAJE MÁGICO

SUZANNE FRANCIS

De la Película

Disney

FROZEN
LUCES DE INVIERNO

UN VIAJE MÁGICO

Textos de Suzanne Francis

LIBROS Disney

© 2017 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© de esta edición: Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: febrero de 2017
ISBN: 978-84-9951-883-1
Depósito legal: B. 24.887-2016
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

La reina Elsa y la princesa Anna recorrían sus habitaciones con impaciencia, preparándose e intentando con todas sus fuerzas no mirar la hora. Su buen amigo Kristoff les había propuesto una aventura, pero no les había revelado los detalles. Siempre que le preguntaban adónde irían, él contestaba

alegremente: «Una verdadera aventura está llena de sorpresas, y ésta va a ser una aventura de las de verdad».

Las hermanas llevaban todo el día dedicándose a pequeñas tareas por el castillo, procurando no mirar aquel reloj que parecía tan lento. Kristoff les había pedido que se reunieran con él en el patio a las tres, pero cuando eran las dos pasadas, ya no podían aguantar más.

Anna llamó a la puerta de la habitación de Elsa.

—¡Las dos y cuarto! —exclamó.

Elsa se asomó por la puerta y sonrió.

—Ya lo sé —dijo.

Bajaron corriendo al vestíbulo y estuvieron a punto de tropezarse con Gerda y Kai, sirvientes del castillo y amigos de la familia desde siempre.

—¡Uy, perdón! —dijo Anna—. Estamos un poco nerviosas.

Gerda y Kai sonrieron a las hermanas. Hacía tiempo que no las veían comportarse de aquel modo.

—Sí, ya nos hemos dado cuenta —respondió Gerda—. ¿Por qué no os sentáis y os tranquilizáis un poco?

Kai se mostró de acuerdo:

—Todavía falta un poco para que veáis a Kristoff. ¿Os apetece un té?

Por nada del mundo se habrían tomado una taza de té: ¡estaban demasiado excitadas!

—No, gracias, —respondió Elsa. —Pero sentarnos unos minutos parece buena idea.

Las hermanas se sentaron juntas en el vestíbulo

y enseguida se pusieron a hablar de lo poco que les había contado Kristoff.

—Dijo que no teníamos que llevar nada —comentó Anna despacio, como si intentara descifrar las palabras de su amigo. —¿Crees que iremos a recoger hielo?

—Diría que no —contestó Elsa—. Ya lo hemos acompañado otras veces a hacerlo, no creo que lo considere una sorpresa.

—Pronto se hará de noche —dijo Anna, mirando por la ventana el cielo otoñal—. A lo mejor iremos de acampada y cantaremos junto al fuego.

—O quizá podríamos ir a observar las estrellas —aventuró Elsa.

Continuaron tratando de imaginar adónde irían, pero Kristoff no les había dado demasia-

das pistas. Recordaron lo que les había dicho: «Es algo que no habéis visto nunca. ¡Es probable que ni siquiera os suene de nada!».

—¿Cómo lo vamos a adivinar, si ni siquiera sabemos que existe? —se preguntó Elsa.

—¡No aguanto más esta espera! —Anna echó un vistazo al reloj—. Quince minutos —exclamó, dando golpecitos rápidos en el suelo con el pie.

Elsa sonrió.

—Tardaremos al menos dos en llegar al patio.

Las hermanas saltaron de sus sillas, se despidieron de Gerda y Kai y salieron del castillo a toda prisa, hacia el patio.

Kristoff y su reno Sven ya estaban listos y esperándolas. Ellos también habían llegado pronto y parecían tan impacientes como las chicas.

Mientras se saludaban, su amigo Olaf corrió hacia ellos agitando su mano de ramita.

—¡Ya estoy listo para la aventura supersecreta! —anunció.

Desde que Elsa lo había creado, el alegre muñeco de nieve se había convertido en un miembro más de la familia. Ningún viaje sería completo sin él.

—¡Genial! —dijo Kristoff—. Ya estamos todos. ¡Vamos allá!

Y emprendieron la marcha.

—¿Ya nos puedes contar adónde vamos? —preguntó Anna caminando, ilusionada, a su lado.

Kristoff sonrió, pues le divertía de lo lindo seguir guardando el secreto.

—Pues... —comenzó, deteniéndose—, vamos a subir a las montañas.

—Subir a las montañas —repitió Anna—. De acuerdo. ¿Y qué haremos una vez que ya estemos arriba?

Anna intentaba sonsacarle más información, pero fue en vano.

—Oh, eso no te lo puedo contar —bromeó Kristoff—: Estropearía la sorpresa. Y una verdadera aventura...

—... está llena de sorpresas —dijeron Elsa y Anna al unísono, terminando la frase de Kristoff por él.

—¡Eso ya lo sabemos! —protestó Anna.

Las hermanas refunfuñaron, decepcionadas: ¡tenían que averiguar adónde iban!

Kristoff se rio.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo —. No os voy

a torturar más... ¡Vamos al Valle de los Trols para asistir a la ceremonia anual de los cristales!

Elsa y Anna abrieron los ojos de par en par y apretaron el paso al iniciar el ascenso. Les intrigaba lo poco que sabían de los trols y de los misterios que encerraban. Las dos habían visitado a los trols varias veces y sabían que el más anciano de ellos, Gran Pabbie, era un jefe sabio y bondadoso. También sabían que los trols utilizaban cristales. Pero Kristoff tenía razón: nunca habían oído hablar de la ceremonia de los cristales.

—Cada año, Gran Pabbie condecora a los trols jóvenes que han obtenido todos sus cristales de primer nivel —explicó Kristoff—. Es un gran logro. Y la ceremonia es increíble.

Guardaba recuerdos maravillosos de las cere-

monias a las que había asistido durante años, y estaba seguro de que a sus amigos les gustarían tanto como a él.

A Anna y Elsa se les ocurrieron un montón de preguntas y Kristoff siguió contándoles que la ceremonia se celebraba una vez al año, durante el otoño, y que solamente podía realizarse bajo la luminosa aurora boreal.

—Cuando más impresionantes están las luces es durante la ceremonia de los cristales —añadió.

Las chicas suspiraron al oír mencionar la aurora boreal. Esas luces de invierno les fascinaban desde que eran pequeñas. Les recordaban a las aventuras de su infancia. Les encantaba su belleza, pero también su misterio. ¿Por qué unas veces eran de color verde y, otras, de color rosa? ¿Por

qué, en ocasiones, los colores formaban remolinos? No cabía duda de que a Anna y Elsa les encantaba contemplar luces... sobre todo, si eran brillantes y de colores.

—Oh, adoro las luces de invierno —convino Olaf—. Son como una fiesta gigantesca que se celebra en el cielo.

Kristoff les contó que la ceremonia de aquel año iba a ser muy especial, y no sólo porque sus amigos le acompañarían por primera vez; había otra razón. Cuando le pidieron que la explicara, volvió a esbozar una sonrisa traviesa y dijo:

—Ya lo veréis.

¡Aún no quería desvelar todos sus secretos!

Al llegar a un claro entre unos pinos, Kristoff se detuvo.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Olaf, mirando a su alrededor. Siempre que Olaf visitaba el Valle de los Trols, los trols se desenroscaban y abandonaban su forma de roca para saludarlo. Miró una piedra que estaba cerca.

—Hola, amigo trol. Me alegro de volver a verte. Tienes buen aspecto —dijo, dando palmaditas a la piedra. Al ver que la roca no se convertía en trol, Olaf se volvió hacia Kristoff y susurró—: ¿Por qué no dice hola? ¿Todavía está durmiendo?

Kristoff sacudió la cabeza.

—Es que todavía no hemos llegado. Esto es una piedra normal y corriente.

—Bueno, de todos modos es muy bonita —afirmó Olaf, quien, al darse la vuelta, casi se dio de bruces con la cara de Sven.

—Hola, Sven. ¿Cómo estás hoy? —preguntó al reno.

Sven se le acercó aún más, babeando. Kristoff miró a Olaf con una sonrisa.

—Creo que quiere comer algo —explicó.

Anna y Elsa se rieron.

—Oooooh, entiendo —dijo Olaf—. Ya te lo he dicho muchas veces, Sven: comer narices es de mala educación, ¿recuerdas?

Dio unas palmaditas suaves en el hocico del reno Sven y murmuró:

—Buen chiiico, buen chiiico.

—Pararemos en la tienda de Oaken —propuso Kristoff—: allí podremos comprar zanahorias.

Sven se alejó al trote, encabezando la marcha a través del bosque de pinos hasta llegar a la tienda.

Cuando el grupo entró en la tienda y sauna de Oaken el Trotamundos, se oyó el sonido de una campana encima de la puerta.

—¡Yuuuuuhu! —exclamó Oaken, el simpático y enorme propietario del negocio—. ¿A alguien le apetece una sauna? ¡Hoy, doble marca en la tarjeta de fidelidad de nuestros clientes!

Les mostró una tarjetita.

—¡Suena de maravilla! —exclamó Olaf.

—Hoy no tenemos tiempo para eso —respondió Elsa, alejando a Olaf de la sauna—. Vamos a ver qué hay por aquí.

—¡Oh, mira! Botes de cosas —dijo Olaf, distraído con un estante lleno de cachivaches.

Anna rebuscó en la tienda en busca de una libreta: en cuanto supo lo de la ceremonia de los

cristales, pensó que sería genial incluirla en la historia de Arendelle. Se le ocurrió que podría escribir sobre los detalles de la celebración para que constaran en la biblioteca del castillo. Al no encontrar nada en las estanterías, se acercó al mostrador y preguntó a Oaken si tenía algún cuaderno en venta.

Oaken miró una estantería vacía.

—¡Qué lástima! Acabo de hacer una megaliquidación de cuadernos. —Revolvió los objetos de algunos cajones detrás del mostrador y dijo—: Pero tengo esto.

Sopló el polvo que cubría un diario viejo de segunda mano. La tapa de piel estaba gastada y había varias páginas arrugadas y dobladas.

—Tiene algo escrito, pero la mayoría de las pá-

ginas están en blanco. Te hago un descuento del treinta por ciento. ¿Ja?

—Me lo quedo —aceptó Anna, limpiando la tapa y guardándose el diario bajo el brazo.

Kristoff tomó un puñado de zanahorias y las dejó sobre el mostrador.

—Oye, Kristoff —dijo Oaken—. Antes de que te vayas, tengo que enseñarte algo.

Se acercó a la pared, cogió una cuerda que estaba colgada de un clavo y se la enseñó a Kristoff.

—Forma parte de nuestro surtido de invierno.

—No necesitamos cuerda, pero gracias —contestó Kristoff.

—No es una cuerda cualquiera —explicó Oaken—. Es una cuerda nuevecita y extrafuerte que he inventado yo mismo. Puede sujetar y tirar

prácticamente de cualquier cosa. De hecho, tu vida estará incompleta sin ella. ¿Ja?

—Es un argumento convincente —musitó Kristoff al oído de Anna.

—Nos la quedamos. Gracias. —Anna sonrió, antes de volverse hacia Kristoff y susurrar—: Puede que nos sea útil.

Pagaron los productos y se dirigieron hacia la salida.

—¡Adiós! —exclamó Oaken—. Volved pronto.

Cuando salieron de la tienda, Sven, que esperaba afuera, nervioso, se les acercó dando brincos y se puso a olisquear a Kristoff, en busca de las zanahorias.

—Aquí tienes, amigo mío —dijo éste, dándole una.

Sven dio un mordisco alegremente a la sabrosa zanahoria.

Los amigos continuaron su caminata, disfrutando de su mutua compañía. Los pinos imponentes desprendían un aroma fresco y el viento de otoño les enfriaba las mejillas. Anna y Elsa hacían preguntas a Kristoff sobre la ceremonia de los cristales, y Anna garabateaba notas en el diario por el camino. No tardaron en llegar a la cima de la montaña.

Cuando empezaron a bajar por el otro lado, el terreno cambió drásticamente. La tierra era rocosa, con parches de musgo esparcidos por todas partes. De las fumarolas del suelo brotaba vapor. En aquella zona no había pinos frondosos, sino abedules jóvenes que habían perdido la mayoría de sus hojas. Cuando el sol empezó a aparecer

por detrás de la cordillera, llegaron a los acantilados escarpados que daban al Valle de los Trols.

Descendieron al suelo rocoso del valle y la atmósfera cambió de repente. Todo estaba extrañamente silencioso y quieto. Incluso parecía que las pocas hojas que colgaban de los árboles hubieran dejado de agitarse. Todos se detuvieron por instinto, mirando a su alrededor como si fuera a ocurrir algo.

Entonces, una voz estridente y alegre rompió el silencio:

—¡Ya han llegado!

En un abrir y cerrar de ojos, docenas de rocas grandes, redondas y cubiertas de musgo rodaron por el suelo desde todos los puntos del valle y los rodearon.